

Premio Municipal de Poesía 1984

Armando Rubio, "Ciudadano"

UNA poesía del primero al último verso descubierta y perdida bajo la década del 70. Contemporánea o, por precisar, "conciudadana" de cada uno de sus lectores, especialmente los jóvenes habitantes del Santiago de estos años.

Armando Rubio murió, víctima de una accidente absurdo y algo simbólico, el 6 de diciembre de 1980. Alcanzó a tener 25 años de edad y a reunir la vasta producción poética que ha sido antologada póstumamente. Esta selección fue la dolorosa alegría de su padre, el poeta, Alberto Rubio, quien la publicó bajo el título de "Ciudadano" (Ed. Minga, Santiago, 1983). El libro mereció el Premio Municipal de Literatura 1984, Mención Poesía, que acaba de concederse.

La producción de Armando Rubio pertenece a una historia que está por escribirse: la de nuestra poesía reciente. En ese marco impreciso y fluctuante de lo más actual, "Ciudadano" representa —allende su destacado mérito propio— un documento inestimable entre los necesarios para agregar el último eslabón —por ahora— a la secuencia que encadena la poesía nacional de este siglo. La pregunta, por ejemplo, de si la obra de Rubio significa una continuidad o ruptura con aquella secuencia, no tiene sentido mientras no reconstruyamos los engarces que parecen faltantes. Expuesto someramente el problema queda como sigue: nuestro vanguardismo de los años 20 (casi enteramente él: Huidobro) reacciona por oposición al modernismo precedente (Magallanes Moure, Carlos Pezoa, etcétera); los poetas de la generación del 38 se entregan a surrealismos mandragóricos (Arenas, Gómez Correa), cuando brillaba la lira garcía-lorquiana de Oscar Castro y preparaba sus sondeos profundos Gonzalo Rojas: la generación poética del 50 también

izó banderas de rebelión en sus dos corrientes más distintas: Lihn y Teillier; y de ese grupo a los poetas de 40 años o poco más hoy día, que bien podríamos reunir bajo la divisa de Trilce (por la revista del mismo nombre que este año entera 20 desde que Omar Lara y Enrique Valdés la bautizaran en Valdivia), se observa una continuidad casi rigurosa, sustentada por la voluntad asimiladora y de "teorización poética" de varios de estos últimos, que han documentado sus filiaciones individuales y de grupo. Pero, desde ese punto, no sólo la perspectiva se pierde (lo que sería de esperar) sino que hasta el propio "hilo conductor" simula desaparecer (lo que ya es más inquietante). Porque: ¿qué declaración de principios, arte poética o siquiera razón de vecindario puede reunir las voces de nuestros poetas más jóvenes: José María Memet, Eduardo Llanos o Paulo Jolly, con la del ido Armando Rubio, por citar algunos. La antología "Ciudadano" podría hacer de "poste de caminos" indicando por dónde buscar respuesta.

Los poemas que abren el volumen pertenecen al universo de la infancia del poeta; es la ocasión de imágenes claras, exentas de toda aventura semántica: "Niño, / ... las nubes son / el bostezo de Dios". O esta otra más elaborada: "¿Qué hilo sostiene a la gaviota? / ¿Qué niño / en la playa la encumbra?". Se advierte de inmediato que una excesiva depuración formal cristaliza estos versos. Curiosamente, vista desde estos poemas, la niñez parece definitivamente perdida, helada. Después, "la vida y yo nos juntamos / oliéndonos como perros", y la poesía de Rubio se impregna de esa vida.

Si en los primeros poemas del volumen Armando Rubio parece un testigo de oídas de su propia niñez, a medida que volvemos las páginas vamos



convergiendo con él a su tiempo "actual" (tiempo de juventud que le fue definitiva). Allí, voz y experiencia, tema y expresión, son indiscernibles. Rubio se observa y se cuenta como testigo presencial de lo que podríamos llamar: su estupefacción ante la vida: "Suelo ser atacado por mis hábitos / y por los vendedores ambulantes / que me auscultan la cara / de bar destartado y decadente".

En esta postura de testigo presencial, denunciante de sí mismo, Rubio puso los esfuerzos más enfáticos de su talento. A esas alturas, recorridos los meandros usuales para un poeta joven en el Chile de los setenta (mucho de Parra, algo de los españoles del 27, ansiadas Residencias en la Tierra, en fin...) el poeta tuvo un encuentro decisivo que queda omnipresente en la antología póstuma: el encuentro con César Vallejo (que indudablemente lo relaciona con la generación anterior, de Trilce). Allí su poesía se llena de objetos, de zapatos, bigotes y cigarros, todos sufrientes, traspasados de un dolor de cosas irredentas que claman al hombre por una explicación de su sentido.

Estos últimos poemas dan cuenta de que Rubio, al momento de morir, en plena posesión de su oficio, había logrado aislar un tema central de su poesía: esa estupefacción ante la vida, descifrada con las claves vallejanas y, lo que es más importante, había encontrado el entorno expresivo para ese tema, el paisaje y vestuario de su protagonista: el ciudadano (lo que por otra parte deja de manifiesto el acierto del título de la antología).

La ciudad de Rubio es un Santiago sin nombres ni emblemas, pero reconocible en su universalidad. Es, a diferencia de lo que ocurre con tanta poesía principiante, una abstracción a la que se llega quitaesenciando las notas particulares de lo propio (de esta capital) y no una generalización arbitraria.

El influjo de Vallejo, positivamente visible en la última poesía de Rubio, decidió la germinación de otras características asociadas que estaban latentes en la obra antologada al comienzo del volumen: una, es esa "actitud de espera" que Heidegger consideraba propia de la poesía moderna; la otra es la supresión obsesiva de todo interlocu-

tor, que convierte el poema en algo así como la mitad de un diálogo.

Aquella "actitud de espera", en el caso de Rubio, está claramente representada en los signos e imágenes de muerte prometida que recorren sus poemas: "Ya se me está agotando la paciencia/ De muerte natural ya nadie muere". O bien: "No sé para qué vivo y por qué muero/ si ha tiempo me dijeron las gitanas/ que tendré vida cara con un final de perros:/ o sea que no pienso morir como Dios manda".

Y este joven ciudadano, "abandonado en medio de las calles/ por el cuchillo sin pan del mediodía", con su certidumbre fatal, es quien declara: "Porque yo no soy digno de mi semen,/ Señor, yo no soy nadie".

Y de allí la segunda característica que manifiestan los poemas de Armando Rubio, antologados póstumamente: la referencia a Dios como contraste de la soledad humana no es una profesión de fe, en el caso de Rubio, es más bien la consecuencia necesaria de un discurso poético que se cierra sobre sí mismo, estrechando sus autorreferencias hasta hacerse casi críptico (efecto usual en la poesía más enigmática de César Vallejo) y que en ese trance, puesta en peligro incluso la posibilidad de comunicación lírica, admite siquiera un interlocutor, uno divino: "Fui un oscuro ciudadano/ Señor, no lo divulgues..."

El Premio Municipal 1984 concedido a "Ciudadano", reconoció la unidad y virtudes de esta antología que, igual a todas, dice tanto de la obra seleccionada como del criterio del antologador. Sin embargo, Armando Rubio dejó una gran cantidad de trabajos inéditos, aparte de los recogidos. Ellos permitirían —de publicarse— conseguir un equilibrio que se echa de menos en "Ciudadano", entre el tono intimista predominante y esa expresividad más abierta y generosa de la que sólo son muestras brillantes el poema "Isadora" (dedicado a la bailarina) o aquel canto a "El Mar", que no desmerecería junto al "Monumento..." respectivo que le tributara V. Huidobro, por ejemplo. Quizá una futura reedición aumentada permita acrecentar, a su vez, la actual admiración a otras vertientes de la obra legada por Armando Rubio.